

Colección de Análisis y Crítica

David Loyola López
Eva María Flores Ruiz

La voz del desterrado

Antología de la literatura española del exilio
en la primera mitad del siglo XIX

David Loyola López
Eva María Flores Ruiz

La voz del desterrado

Antología de la literatura española del exilio
en la primera mitad del siglo XIX

Grupo de Estudios del siglo XVIII de la Universidad de Cádiz.
GES.XVIII, PAIDI, cód. HUM 139.

La cultura literaria de los exilios españoles en la primera mitad del siglo XIX (CLEX 19)
Proyecto MINECO I+D+i; ref. FFI2013-40584-P

1ª edición, 2018

© David Loyola López y Eva María Flores Ruiz

© Escolar y Mayo Editores S.L. 2018
Avda. Ntra. Sra. de Fátima 38 5ºB
28047 Madrid
info@guillermoescolareditor.com
www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 978-84-17134-19-8

Depósito legal: M-18823-2018

Impreso en España / Printed in Spain

Kadmos

Compañía 5

37002 Salamanca

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

I. *Adiós: nos llama el viento*

Es una llamada que arranca de cuajo las raíces y detiene el tiempo: atrás va a quedar la vida; en el horizonte, un futuro que no lo es. El momento, por tanto, de la perplejidad: al partir «estaba tan atónito como el hombre que, herido por el rayo de Jove, vive y no se da cuenta de su vida»¹. Porque ese relámpago tiene el sabor de la muerte, que es «el de un vino / que el equilibrio impide de la vida»². Y quizás ese desequilibrio y ese vivir aturcido el momento de la partida sean la única defensa posible ante un fogonazo que ha venido a trastocar, a arrasarse la realidad. Se abre, pues, el mundo de las paradojas, de lo inconcebible. El viaje que va a iniciar el exiliado no es, en sentido estricto, un viaje: el punto de salida y de llegada han perdido su calidad de origen y destino; el único incierto destino es la huida del origen. Atravesado, pues, por una conmoción psíquica, el emigrado parte, y se desgarrar: «Me separo con esfuerzo como si me arrancasen los miembros y mi cuerpo se rompiese en dos partes»³; fractura existencial cuya cicatriz, herida abierta quizás, lo acompañará siempre. Y como en toda partida, es necesario decir adiós, cumplir con el «acto ritual» que establece «un marco protector al límite que traspasa la partida»⁴.

Porque «todo el tiempo vivido está recogido en el umbral de [ese] adiós» que supone la «experiencia de la lejanía antes de que esta exista de verdad»⁵; esto es, el límite espacio-temporal que divide la continui-

¹ Ovidio, *Las tristes*, Santa Fe-Argentina, El Cid Editor, 2004, p. 17.

² Miguel Hernández, *El rayo que no cesa*, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, p. 49.

³ Ovidio, *op. cit.*, p. 20.

⁴ León y Rebeca Grinberg, *Migración y exilio, estudio psicoanalítico*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996, p. 149.

⁵ Antonio Prete, *Tratado de la lejanía*, Aldaia (Valencia), Correspondencias Pre-textos, Universidad Politécnica de Valencia, 2010, p. 21.

dad existencial del emigrado, donde se condensa ese instante en que la unión dejará paso a la separación, el momento en que lo presente se convertirá en lo ausente; la vida, en sabor a muerte. Decir adiós es, consciente o inconscientemente, asumirlo, porque en toda despedida necesariamente se saluda también al porvenir, por gris y por incierto que sea. Y es también —a vueltas con las paradojas— retrasarlo, aferrarse durante unos instantes y en un imposible equilibrio al borde de un abismo. Ello hace de la despedida uno de los momentos más intensos y desgarradores del exilio y, así, uno de los motivos más invocados y recurrentes en su literatura.

Comenzamos a explorarlo de la mano de dos de los más conocidos poemas del destierro español del siglo XIX. Con severa concisión, Moratín en «La despedida» dice adiós a su patria en un medido arrebato de despecho. El grado de «emigrabilidad» —capacidad de recuperar el equilibrio y adaptarse al nuevo entorno «sin ser un elemento perturbado o perturbador»⁶— depende, entre otros factores, afirman los psicoanalistas, de la edad de la partida y del nivel de arraigo en la tierra de origen. Malas cartas en tal reparto llevaba el autor madrileño, que abandona España con más de cincuenta años, tras ocupar altos cargos en la Administración y haber conocido la fama como autor teatral. Si en cualquier vida el exilio supone una ruptura con sabor a muerte, para Moratín, era de prever, sería la muerte. Y así fue, un desolador vagar por tierras extrañas, un «aprendizaje miserable» acorralado por la enfermedad y la pobreza⁷, recordando esa patria que afirmaba haber olvidado⁸. Porque no deja de nombrarla; con el dolor siempre mal oculto tras una amarga pirueta: «donde quiera que hallo lo poco que he menester para vivir,

⁶ Menges citado por León y Rebeca Grinberg, *op. cit.*, p. 32.

⁷ «Esto de viajar por fuerza y andar a cada paso con la maleta al hombro no deja de ser cosa bien desagradable a quien solo desea que le dejen vivir en paz y solo pide que nadie se acuerde de él [...] No obstante, si esto puede contribuir en algo a la felicidad pública y a los intereses políticos de Europa, me resigno, víctima voluntaria, a cuantas zurríbandas me tengan prevenidas; y sea todo por Dios, y viva la Pepa»; carta del 6 de enero de 1815 a José Antonio Conde, en Jesús Pérez-Magallón (ed.), *Los Moratines, Obras Completas, I. Obras de Nicolás F. de Moratín. Epistolario de Leandro*, Madrid, Cátedra, 2008, p. 1309.

⁸ Lo hizo en muchas ocasiones, en una carta del 22 de diciembre de 1824, por ejemplo, afirma que disfruta de tranquilidad y de un «alto olvido de la difunta España»; en Jesús Pérez-Magallón (ed.), *op. cit.*, p. 1519.

aquella me parece que es mi tierra, puesto que la que conocí en mis primeros años se me hundió, y ya no existe ni en el globo ni en el mapa»⁹.

A pesar de sus circunstancias particulares, comparte Moratín con otros muchos desterrados una elección de adjetivo —«ingrata patria mía»— de larga tradición: «¡Ay dulce y cara España, / madrastra de tus hijos verdaderos, / y con piedad extraña / piadosa madre y huésped de extranjeros! / Envidia en ti me mata, / que toda patria suele ser ingrata»¹⁰. Y que se convertiría en lugar común en nuestra tradición literaria del exilio en el siglo XIX: increpar y desafiar a una España que se ha desvelado ingrata, cruel y traidora con sus hijos. Y también todo lo contrario, compadecerse en ella —víctima de la perfidia ajena— de un destino implacable; de ahí surge la imagen, también muy recurrente, de una España desdichada, infeliz y desvalida. En las composiciones más logradas, como en la vida, ambas imágenes —madre y madrastra— se entrecruzan.

Así lo hacen en «El desterrado», poema compuesto por un exiliado —Ángel de Saavedra, el futuro duque de Rivas— que se sabe «huyendo sin destino». Frente a la sobriedad del despecho de Moratín, se despliega aquí, esplendorosa, la tormenta emocional que sacude al hombre que ha perdido su centro y se tambalea entre el dolor y la rabia; con lágrimas que se le vuelven entre los labios maldiciones y que, llegadas al corazón, recuperan la humedad de su desamparo. A esos vaivenes acompañan los del mar, tempestuoso marco de ecos ovidianos que agrava esa sensación de pesadilla, y de «mareo», que será difícil erradicar aun después de llegar a tierra firme¹¹. «La cercanía del mar, para quien se despide, comporta una pérdida de raíces, una no pertenencia. El mar no tiene patria»¹²; perfecto escenario, pues, para una despedida, a él se acogerá también Ribot Fontseré en «El mediterráneo».

Más potente, la voz del duque de Rivas rentabiliza sabiamente su tramoya. Mientras Ribot, con un tono quejumbroso y a veces desmañado —«Tiempo feliz, que ya fue, / en que mariscos buscaba, / y una ola

⁹ Carta del 14 de noviembre de 1827 a Vicente Salvá, en Jesús Pérez-Magallón (ed.), *op. cit.*, p. 1580.

¹⁰ Lope de Vega, «La Arcadia», en *Poesías líricas*, II, José F. Montesinos (ed.), Madrid, Ediciones La Lectura, 1927, p. 108.

¹¹ León y Rebeca Grinberg, *op. cit.*, p. 79.

¹² Antonio Prete, *op. cit.*, p. 45.

que me alcanzaba / venía a mojarme el pie» —, dice adiós a las costas de su niñez y elabora un detallado catálogo de los sinsabores de su destino, el duque de Rivas habla el lenguaje de la más cuidada y soberbia lírica. Su partida se sitúa en el atardecer, cuando «la punzada del adiós se agudiza en el ocaso. El atardecer, además [...] es la hora que, en la soledad, pone de relieve la distancia, es la hora que asedia y ablanda el corazón»¹³. Y en ese crepúsculo que apaga el día, y la vida en el desterrado, el duque de Rivas invocará —jugando con los sentidos— al sol y al viento para que al compás de su inestabilidad iluminen y acerquen, oscurezcan y alejen lo que pierde.

La fuerza de su mirada, prendida en la tierra que abandona, la retoma Martínez de la Rosa en el «Romance morisco» para mezclar, con tono contenido, dolores y tradiciones —como más tarde hará Vicenta Maturana en «El proscrito. Romance»—. Ampliando, así, nuestro marco de referencia, veremos a un moro que pierde su Granada volver a llorar las lágrimas del Cid. Y a pesar de la indudable fuerza, tan rentabilizada en la literatura del exilio, de la imagen del que se aleja en un barco —a merced de las olas—, quizás la partida a pie de Martínez de la Rosa revele de forma más poderosa las dimensiones de esta tragedia; son pasos guiados por una voluntad en guerra con el corazón: «tres veces pisé el umbral, y otras tantas volví los pasos atrás»¹⁴. En esas miradas y esos pasos que se abren al dolor, comienza el canto del exilio; el desterrado, a convertir en ficción lo perdido. También su dolor.

Algo de esa, llamémosla paradoja, ha intuito el duque de Rivas en «Oda. Imitación del salmo *Super flumina*»; la pose literaria necesariamente deslustra la grandeza del dolor. Intuye pero no resuelve muy atinadamente en esta ocasión. Acogiéndose precisamente a una curiosa licencia poética que le permite esquivar incongruencias de hombres que hablando distintas lenguas a veces sí se entienden, para hacer «verosímil» el canto de los exiliados, lo presenta forzado por una cuando menos sorprendente petición de los marinos del barco que los aleja de su tierra: a los embarcados que se les ha pedido un canto a su patria, responden «no» con un llanto que, a fin de cuentas, lo es. Es la misma ecuación que plantea Sánchez Barbero en su «Epístola a Publio Ovidio Nasón», feroz ataque contra el considerado fundador de la tradición li-

¹³ Antonio Prete, *op. cit.*, p. 24.

¹⁴ Ovidio, *op. cit.*, p. 19.

teraria del exilio. Con una inquina digna de mejor causa —y qué duda cabe, mejores causas tenía—, Sánchez Barbero arremete contra la «femenina» debilidad de las «jeremiadas importunas» del poeta romano —y, por tanto, contra muchos de los postulados líricos que se convertirán en lugares comunes de la tradición por él instaurada—, en lo que no viene a ser más que un preámbulo —«tu historia referí»— para exponer, y llorar, la historia de su patria en sus propias heridas —«la mía sigue»—; todo ello amparado en la dignidad de un silencio que no es tal: «Altamente mi honor ofenderías, / si tus quejosas humillantes preses / con mi silencio comparar quisieras».

Bien es cierto que en la segunda parte reconduce su ira. De hecho, esta parte da la impresión de estructura creada tan solo para sostener un dardo. Otras veces se ha visto; por ejemplo, y cambiando de registro, Quevedo en su mordaz soneto conocido como «Desengaño de las mujeres», levanta un imponente armazón cuyo corazón ha colocado estratégicamente en su centro: «Y yo diré que es puto a quien parece / que no sois puta vos, señora mía»¹⁵. Ese «puta» es el dardo alrededor del cual se ha creado un poema. Sánchez Barbero, tras criticar la actitud servil de Ovidio hacia César en su destierro, apunta hacia una «mejor causa» de su inquina; y hacia su auténtico centro: «ruines llamo [...] y ruines llamaré [...] a cuantos *mi doctrina profesando*, / por sacudir la tempestad horrible / que conmigo a los míos anegara, / cantaron sin pudor la palinodia. / ¡Canalla ruin!, mi corazón os odia». Ese odio alimenta y permite sobrevivir porque, ya lo había dicho unas páginas antes el duque de Rivas, hay que vivir en pie el día de la venganza: «Será: y ¡oh venturosos / los que entonces sirviendo a tu venganza, / de hipócritas, falaces y ambiciosos / comiencen la matanza, / y enrojeczan sus manos / con sangre vil de pérfidos tiranos!».

Como se va viendo, son muchas las actitudes que caben en el breve espacio de un adiós: la absoluta desolación y el despecho llamaban a la

¹⁵ «Puto es el hombre que de putas fia, / y puto el que sus gustos apetece, / puto es el estipendio que se ofrece / en pago de su puta compañía. // Puto es el gusto, y puta el alegría / que el rato putaril nos encarece; / y yo diré que es puto a quien parece / que no sois puta vos, señora mía. // Mas llámenme a mí puto enamorado, / si al cabo para puta no os dejare, / y como puto muera yo quemado // si de otras tales putas me pagare; / porque las putas graves son costosas, / y las putillas viles afrentosas»; *Don Francisco de Quevedo y Villegas. Obras Completas, II: Obras en Verso*, Madrid, Aguilar, 1988, p. 435.

muerte; al vértigo y a la rabia de la vida, desesperación y odio entrelazados. Tampoco la serenidad de la razón hallará mejor puerto; no puede hacerlo, no es momento de serenidades. No lo es ni tan siquiera cuando esa separación ya se haya vivido, como sucede al Alberto Lista que, en «El emigrado de 1823», se ve obligado a abandonar por segunda vez su patria: tras su equilibrado y razonable análisis del desvarío que supone lamentar la pérdida de una tierra que «no conoce la virtud», y donde imperan el fanatismo, la crueldad y la ignorancia —«Y ¿hay quien quiera morar en este bosque / de bandidos y monstruos?»— llega la oscilación que transfigura, al soplo de un aire, en madre a la que fuera madrastra: «Mas ¡ay! que aunque infeliz, eres mi patria, / ¡oh suelo dulce donde habitan fieras! / Al dejarte, en pedazos dividido / siento mi corazón...».

Quizás, tan solo existe una salida: el odio, decíamos, alimenta y permite sobrevivir. También lo hace el amor. Es más, es la única alquimia capaz de hacer brotar raíces en el aire y en el mar de una tormenta. Ya en «El desterrado», el duque de Rivas había marcado en el recuerdo de madre, hermanos y amada, el punto de inflexión de la voz del exiliado, que recuperaba en ellos la calma. En los dos siguientes poemas presentados, su versatilidad vuelve a anunciar con más claridad el que —veremos en el siguiente capítulo— se constituye en más poderoso vínculo capaz de atar un corazón a otro mundo. Son tan solo, de momento, vislumbres de ese descubrimiento.

En el «Soneto. Antes de partir» son unos ojos —«Ojos divinos»— los que hacen al exiliado comprender que, al sabor de la muerte y en medio de una tempestad, hay siempre una ola más alta que trastoca primacías. Hermosa revelación que, años más tarde, formulará otro poeta: «Pensé morir, sentí de cerca el frío, / y de cuanto viví solo a ti te dejaba: / [...] todo dejó de ser, menos tus ojos»¹⁶. Y si ya en el soneto del duque de Rivas el exiliado comprende que teniendo esos ojos en su destierro se podría burlar de su fortuna —anclarse, por tanto, a su destino—, en «A un padre» la situación de algún modo se invierte: es la llamada de la sangre la que decide al exiliado a volver, cantaba Ovidio, sus «pasos atrás». Pero han sido pasos dados sobre las aguas: el desterrado lucha, literalmente aquí, y es vencido por ese mar sin patria que era ahora su tierra y, así, será su sepulcro.

¹⁶ Pablo Neruda, «Soneto XC», en *Cien sonetos de amor*, Barcelona, Seix Barral, 1982, p. 108.

Existe una, quizás ingenua, opción a tanta herida; que de siempre ha sido más fácil ver desde las barreras. Es lo que hace José Joaquín de Mora al despedir «A un amigo a su partida a México». Afirman León y Rebeca Grinberg que, «pese a todas las matizaciones y variedades posibles, partir duele, y ver partir a otros también duele y, a veces, mucho»¹⁷. Sin duda, pero en ese «a veces» va una clave, porque tampoco cabe duda de que es más fácil encontrar consuelo a las heridas ajenas que a las propias. No se corre el riesgo, al menos, de la oscilación. Por ello, y con serenidad, Mora puede desgranar ante su amigo las bondades de la tierra que lo aguarda allende unos mares, ahora sí, en calma: «La nave te aguarda. El viento / susurrando te convida, melodioso». Muy sólido, por tanto, este consuelo que da entrada de forma sesgada, además, a uno de los grandes desconciertos que deberían afrontar los liberales en el siglo XIX cuando, tras luchar por la libertad, se vieran abocados a decidir sobre la libertad de otros; y a dudarla. En 1826, fecha de composición del poema, México es ya independiente de España y el liberal que es Mora, para complacerse con su suerte, elige reordenar un tanto las evidencias al celebrar esa liberación de la «odiosa pesadumbre» del «tirano»: aunque ya en 1810 los mexicanos habían lanzado su grito de rebeldía, no sería hasta 1821, justamente en los años constitucionalistas del reinado de Fernando VII, años regidos por sucesivos gobiernos liberales —«Trienio Liberal» (1820-1823)—, cuando acabaron de comprar con sangre y fuego, como se vieron obligados a hacer, su libertad¹⁸.

En cualquier caso, e independientemente de esa ventana que Mora abre, lo que representa su poema en nuestro contexto es una evidencia: para esquivar la tragedia, en la despedida del desterrado se debe sortear la primera persona. Porque tan bien asentadas estaban en nuestra tradición literaria las lágrimas de Ovidio —esas mismas que más tarde lloraría el Cid—, que incluso se podía utilizar el arsenal de imágenes que arrastraban para decir adiós a una tierra que no es la propia: en la «Despedida de Inglaterra», patria de acogida del exiliado, aparecen también

¹⁷ *Op. cit.*, p. 69.

¹⁸ La cuestión colonial había colocado a algunos de los emigrados liberales que trabajaban para editores ingleses en una complicada tesitura, y un caso como el que nos ocupa necesitaba mano izquierda: José Joaquín de Mora publica «A un amigo a su partida a México» en el *No me olvides*, almanaque literario producido y publicado en Londres pero dirigido, precisamente, a lectores hispanoamericanos.

riberas y dolores que oprimen «cuando el destino me arranca de esta tierra de bendición». Se presenta muy atento este emigrado a cantar las bondades de Inglaterra y, en su desmedido entusiasmo, la concordia universal: «¡Quiera el cielo que bien pronto, para recíproco bien, lazos de más estrecha unión y fraternal amistad ligen los pueblos libres de Inglaterra y de Colombia!»; y viva la Pepa, que añadiría Moratín.

Curiosa nota de color con la que cerramos el capítulo de la despedida, ese momento en que el exiliado se ve arrojado al mar de la contradicción: huyendo para salvar la vida, deja atrás esa vida; para ser libre, carga sobre su alma el peso una condena sin fin. Y su cruzar las fronteras, dando la espalda a todo aquello que una vez le importó, tiene también, más allá de literatura, el hondo empaque de una resonancia bíblica. Lot y Edith, su mujer, abandonan una ciudad destruida: marchar con los ojos fijos en el horizonte, es creer en el porvenir; volver atrás la mirada, cristalizar el tiempo. Pero es más probable ser Edith que Lot, en ese girar la cabeza está el destino del hombre. Orfeo, dueño de otra célebre mirada que detuvo el tiempo, hablaría en *Diálogos con Leucó* precisamente de un destino que no traiciona; su girar la cabeza, confiesa, fue una decisión voluntaria y consciente:

Un hombre hace de todo, en la vida. Cree todo, en los días. Cree incluso que su sangre corre a veces en venas ajenas. O que lo que ha sido puede deshacerse. Cree romper el destino con la ebriedad. Todo eso lo sé, y no es nada [...] La orgía de mi destino se acabó en el Hades, acabó cantando a mi manera la vida y la muerte¹⁹.

Arrancado de sus raíces por una llamada del viento, el desterrado al decir adiós mira hacia atrás; con el tiempo detenido y el sabor de la muerte en la boca, comienza a cantar su destino.

¹⁹ Cesare Pavese, «El inconsolable», en *Diálogos con Leucó*, Barcelona, Tusquets, 2001, p. 90.

1. «**La despedida**», Leandro Fernández de Moratín, [h. 1817]²⁰

Nací de honesta madre; diome el cielo
fácil ingenio en gracias afluente;
dirigir supo el ánimo inocente
a la virtud el paternal desvelo.

Con sabio estudio, infatigable anhelo,
pude adquirir coronas a mi frente:
la corva escena resonó en frecuente
aplausos, alzando de mi nombre el vuelo.

Dócil, veraz, de muchos ofendido,
de ninguno ofensor, las Musas bellas
mi pasión fueron, el honor mi guía.

Pero si así las leyes atropellas,
si para ti los méritos han sido
culpas; adiós, ingrata patria mía.

2. «**El desterrado**»²¹, Ángel de Saavedra, duque de Rivas, 1824²²

¡Ay! Que surcando el mar en nave ajena
huyo infelice de la patria mía,
tal vez, ¡oh cruda inexorable suerte!,
para nunca volver... Áspero suena
el recio vendaval, y expira el día.

¿Y que a la nueva luz ya no he de verte,
hermosa Hesperia? No: sañudo el viento

²⁰ *Obras de don Nicolás y don Leandro Fernández de Moratín*, II, Biblioteca de Autores Españoles (BAE), Madrid, M. Rivadeneyra, 1846. Citaremos de ahora en adelante, y como hacemos en este caso, la fecha de composición o primera publicación en el cuerpo del texto, tras el título y el nombre del autor, y en nota a pie de página la fuente de donde se ha recogido. Los textos se han modificado en función de las normas actuales de ortografía y puntuación y de todos ellos se han cotejado varias ediciones, por lo cual, y no obstante ser la fuente citada la principal, en aquellos casos de palabras, expresiones o agrupación de versos o párrafos no coincidentes en las distintas versiones revisadas, hemos elegido la que nos ha parecido mejor opción.

²¹ [Nota del autor] Saliendo de la bahía de Gibraltar al ponerse el sol con rumbo al O.

²² *Ocios de españoles emigrados*, II, nº 5, agosto de 1824.

me arrebató violento,
y me aleja de ti. Ya no tus playas
consolarán mis ojos, que anhelantes
se perderán por las inmensas ondas ...
Aquellas son las altas atalayas
de los tartesios montes. No te escondas,
¡oh sol!, detén, detén tu carro de oro,
detenlo, por piedad, y no tu lumbre
tan presto robes a la adusta cumbre
de las montañas del tostado moro.

Allí Cádiz, allí. Salve, alta cuna
de libertad, esclarecida roca
do se estrelló la bélica fortuna
del gran Napoleón: templo algún día
de Pluto y de Citeres,
emporio de riquezas y placeres,
pompa y escudo de la patria mía;
salve mil veces. ¡Pero cuán mudado
lo mira el mar, que lo adoró postrado,
y cuán mudado yo!... Solo, desierto,
descubro el ancho puerto,
el fortísimo muro derruido,
y al vago viento, ¡oh mengua!, desparcido,
pabellón extranjero en sus almenas
de silencio y pobreza y luto llenas.
¡Siglo de execración! ¿Mas son aquellos
apacibles collados
los campos encantados,
que de eterno verdor Flora entapiza,
y por do Betis claro se desliza?...
Mis ojos no me engañan; sí, son ellos;
Guadalquivir, aquel. Yo te saludo,
y yo te adoro, ¡oh rey de Andalucía!
Tu vista templó mi destino crudo,
tu vista embarga, ¡ay, Dios!, el alma mía.

La excelsa, poderosa y regia frente
cíñes de oliva y lauro; tu corriente